



Centro de Asesoría y Estudios Sociales  
Atocha, 91 2º  
28040 Madrid  
Tel: 91 429 11 13 Fax: 91 429 29 38  
[www.nodo50.org/caes](http://www.nodo50.org/caes) [caes@nodo50.org](mailto:caes@nodo50.org)

# Globalización. Trabajo. Precariedad

## Por un sindicalismo anticapitalista

### 1 Introducción

La globalización económica construye un régimen cuya base social cuenta en los países del centro con el apoyo de las minorías poderosas, pero también con el de las amplias clases medias. Mil millones de personas, beneficiarias de este modelo de modernización, constituyen una élite cuya movilidad y poder de consumo, se basan en la exclusión de la mayoría de la humanidad. Sus intereses particulares aparecen como cosmopolitas y universales. El régimen político que, en muy diferentes países y tradiciones, asegura las condiciones económicas, culturales y represivas para el desarrollo de este modelo, ha secuestrado el nombre de “democracia”.

La imposición de los valores de esta minoría sobre los derechos humanos, las leyes y las culturas tradicionales de los pueblos y las naciones, es una forma de violencia simbólica propia del capitalismo global. Cualquier resistencia al colonialismo de esta minoría incluida, justifica el uso “democrático” de la violencia estatal y de las guerras preventivas contra el enemigo exterior o interior.

Un nuevo nacionalismo consumista, ahora global, expresa los intereses de dicha minoría, cuya identidad se basa en la satisfacción del deseo individual a través del mercado, la inexistencia política de las mayorías excluidas y el control, o eventual destrucción, de cualquier otra identidad o sujeto social refractarios a este orden.

### 2 El capital financiero en la globalización

El peso creciente de una forma del capital, el capital financiero, potenciado por las tecnologías de la información y por las constantes transferencias de soberanía que recibe de los estados, favorece el totalitarismo de una economía cuya única finalidad es la producción y reproducción ampliada del capital.

El capital financiero no opera, en primera instancia, con factores productivos materiales (trabajo, instalaciones, cultivos, máquinas, herramientas, etc) sino con dinero (acciones, divisas, depósitos, créditos, etc) No trabaja con cosas materiales sino con representaciones de cosas materiales, con los equivalentes en dinero de la riqueza material. Pero el dinero carece de valor propio al margen del valor de las mercancías que, bajo la forma de precio, se reflejan en él. El capital financiero, al trabajar con capital dinerario, deja de trabajar con valores, para hacerlo exclusivamente con precios.

El capital, que es dinero acumulado y privatizado, trajinando en la economía con el único fin de reproducirse y crecer, no tiene valor propio. El dinero, como equivalente general de todos los valores, es la mercancía por excelencia, intercambiable con todas las demás. El dinero es la forma social en la que las mercancías expresan sus valores relativos en forma de precios. Recibe este poder por el consenso de toda la sociedad. El valor de cambio de cada mercancía, su precio, expresa la cantidad relativa de valor de esa mercancía respecto de otras. Por ejemplo, un reloj tiene el mismo precio que mil caramelos porque el reloj vale cinco mil pesetas

y el caramelo cinco. A su vez, el caramelo y el reloj tienen en común ser productos del trabajo humano y sus precios relativos expresan, en principio, la diferente cantidad de trabajo social necesario para producirlos. Es decir, el tiempo de trabajo social necesario para producir un reloj, equivale al tiempo de trabajo necesario para producir mil caramelos. Al igual que el trabajo humano, sin ser valor, en determinadas condiciones (capitalismo), crea valor, el dinero sin ser valor, en determinadas condiciones (capitalismo), expresa el valor.

La incongruencia presente en la naturaleza de una mercancía entre el valor de esa mercancía, (que debe ser valor de uso y satisfacer necesidades humanas) y el precio de dicha mercancía, (que es solo una representación, un signo, una convención), se encuentra también en la naturaleza social del dinero. El capital financiero, como dinero que opera con dinero multiplica dicha incongruencia. En la representación de valores materiales que ostenta el dinero, se pierde lo representado. Porque lo que no sea creación ampliada de valor de dinero, carece de relevancia y racionalidad. En la economía financiera, en la que los signos se refieren a otros signos, las únicas informaciones relevantes son las que se expresan en términos numéricos. En el movimiento del capital financiero, lo que hay al principio y al final del ciclo es solo dinero. No habiendo al principio del proceso ninguna necesidad humana que lo movilice, ni tampoco al final, el móvil sólo puede ser el aumento de la cantidad de dinero que haya al final respecto a la cantidad que había al principio. Solo el aumento de la magnitud del capital invertido moviliza el ciclo. Solo un incremento numérico expresado en términos absolutos, tasas ó porcentajes respecto al capital inicial, justifica y moviliza el proceso del capital, en particular el del capital financiero. Es decir, el móvil del capital no es humano.

Este proceso fantasmal de creación de valor, se presenta como independiente del trabajo. Pero el dinero, al igual que la tecnología, las máquinas y los edificios es incapaz de engendrar dinero por sí mismo. Como acumulación de trabajo muerto, todas las formas de capital son incapaces de resucitar si no son lamidas por el trabajo humano vivo con su lengua de fuego. El mantenimiento de la ficción, del dinero que engendra dinero exige el saqueo, el robo, la guerra, el genocidio, la explotación, la esclavitud y la subordinación de las mujeres.

En las sociedades capitalistas, el dinero, transformado en capital, tiende a independizarse de la sociedad que le ha creado y le ha otorgado la facultad de ser un equivalente general. El dinero, investido de la cualidad de ser la mercancía por excelencia, capaz de intercambiarse por todas las demás mercancías, tiende a pasar, de predicado de la sociedad, a sujeto, convirtiendo a la sociedad en su predicado.

La globalización, al aumentar su libertad y su escala de movimientos, exarceba el poder del dinero que, lejos de recibir de la política las normas para su funcionamiento, se independiza, imponiendo él a la política y a la sociedad los límites y las normas necesarias para asegurar su propia reproducción ampliada. Los fines abstractos del dinero, hecho capital, expresados en tasas, porcentajes y números, se imponen a la vida de la gente, pareciendo que, tanto el origen de su propio movimiento, como la cooperación social y la riqueza, brotan del dinero mismo y no de la sociedad. En esta mixtificación radica un rasgo fundamental de la globalización capitalista, un encantamiento en el que las cosas aparecen invertidas, en las que parece que el hijo engendra a la madre, que el capital crea por sí mismo trabajo y riqueza, que el predicado, en suma, produce al sujeto. En su auto-determinación respecto a la vida social, el capital, como pura forma, como puro símbolo, aparece como valor que se valoriza, como una sustancia en proceso que crece y se reproduce generando, por sí misma, todo el dinamismo social.

En la economía globalizada el capital financiero crea una dinámica en la que el capital, el dinero (un símbolo) trabaja con otro capital, con otro dinero (otro símbolo) La desconsideración de las necesidades humanas, presente también en las otras formas del capital no financiero, llega a su apoteosis con el capital financiero. A simple vista, sus ganancias proceden, no de la combinación de recursos productivos materiales y de la

apropiación de la actividad humana, en un proceso laboral sino de las apuestas especulativas sobre la variación de los precios de las distintas mercancías dinerarias (dinero, acciones, fondos de pensión, divisas) o materiales (inmuebles, alimentos, medicinas, etc.).

La información privilegiada que manejan, tanto el sector bancario, (observatorio privilegiado del resto de las empresas), como las grandes multinacionales que, con sus lobbies políticos y mediáticos, dominan las instituciones democráticas y la actividad social, se complementa con la capacidad para producir, ellos mismos, dicha información. Con su libertad de movimientos transnacional, legalizada por los estados nacionales, el capital financiero y las multinacionales pueden aumentar el precio de una empresa, de un territorio ó de la moneda de un país, sin más que anunciar que invertirán en ellos. Por el contrario, la sospecha de su retirada producirá un desplome en dichos precios. La amenaza de hacerlo, en caso de que los gobiernos les obliguen a respetar las necesidades sociales o medioambientales de los países, constituye un mecanismo intimidatorio hacia las instituciones políticas. Ese mecanismo, al ser habitual, nos advierte de la tendencial incompatibilidad entre la libertad de movimientos del capital y la democracia.

Algunas empresas de la Nueva Economía, basada en las tecnologías de la información, han conseguido en los últimos años, sin mas que exhibir su capacidad de publicitar, vender y cobrar mercancías al usuario de un teléfono móvil a través de internet, multiplicar por cien el valor de sus acciones. Sin necesidad de que su cuenta de resultados presentara beneficios, incluso presentando perdidas, una pequeña empresa ha podido revalorizar sus acciones en diez veces su valor nominal. A continuación, ha comprado una empresa diez veces más grande, sin mas que intercambiar sus acciones sobrevaloradas con las acciones de dicha empresa. En esta creación de valor, ficticia pero muy real, (quien compró diez acciones de la empresa dinámica por 500 dólares, ahora puede venderlas por 50.000 dólares), no se ha creado ningún valor material. Solo se ha creído que se creará dicho valor en el futuro. La fe y las creencias teológicas medievales como fundamento de las acciones humanas, vuelven a aparecer como fenómenos de masas en la economía de las sociedades financieras racionalistas y tecnológicas modernas.

La globalización aumenta constantemente la escala de las actividades especulativas del capital financiero que, con sus permanentes maquinaciones, altera los precios en los mercados, generando una inmensa burbuja<sup>1</sup> de riqueza financiera en base a la pura subjetividad. El poder político crea las condiciones para que estos intereses particulares (compartidos por grandes minorías en los países desarrollados) se presenten como los intereses generales de toda la sociedad. Los poderes mediáticos cooperan con la cínica exaltación del éxito económico a cualquier precio.

### 3 Globalización y capitalismo popular<sup>2</sup>

Alguien pide un crédito aprovechando los bajos tipos de interés para invertirlo, con sus ahorros, en la compra de una vivienda. El propósito es venderla más tarde, aprovechando

---

<sup>1</sup> *Burbuja*: sobrevaloración anormal de los activos (acciones, futuros, inmuebles, etc.). Sube la demanda de estos activos, por la creencia de que sus precios serán mayores en el futuro. Como una profecía autocumplida esto aumenta los precios en el presente. Por ejemplo: compro acciones de una multinacional farmacéutica porque me he enterado que el gobierno le va a autorizar un medicamento muy eficaz para el cáncer. Invierto en bolsa, no porque las empresas vayan bien, sino porque la bolsa lleva subiendo dos años y creo que va a seguir subiendo.

<sup>2</sup> En las sociedades opulentas, por ejemplo España, hay más de ocho millones de cuenta partícipes en los fondos de inversión. Todas las opciones políticas, de derecha e izquierda, especulan con el terreno desde el poder municipal.

la subida de precios en el mercado inmobiliario. En este proceso, el banco crea dinero en forma de crédito y lo ingresa en la cuenta corriente de quien lo solicitó. La garantía para el banco es el piso a comprar, que tiene un valor determinado en el momento de conceder el crédito. El dinero se paga por el comprador al vendedor del piso que, al desprenderse de dicho piso, lo considera un valor de no uso para sí mismo. La persona que compra el piso tampoco lo hace para usarlo, sino para rentabilizar sus ahorros. Al hacerlo, deja de utilizar su dinero como dinero para el consumo y lo utiliza como capital para la inversión. No busca satisfacer la necesidad de vivir en el piso sino que utiliza el piso como un medio para la revalorización de sus ahorros, ahora movilizados como capital. La persona que ha hecho esta inversión con sus ahorros, los ha conseguido, probablemente, a través de años de trabajo asalariado. Es una persona trabajadora. También, probablemente, tiene hijos que sufren la carestía de la vivienda como un obstáculo para emanciparse. Sin embargo, la persona ahorradora que ha hecho esta operación, espera beneficiarse de la subida de los precios de las viviendas y de los bajos tipos de interés. Pero, con esta operación, contribuye a dicha carestía, lo que es lo mismo que decir que contribuye a privar a sus hijos del derecho a una vivienda y por lo tanto, a una vida autónoma.

Las políticas gubernamentales que mantienen bajos los tipos de interés, favorecen la inversión de capital y estimulan la especulación inmobiliaria que produce grandes plusvalías en poco tiempo. También benefician a nuestro obrero ahorrador. Aunque esté contra el gobierno en lo tocante a la guerra de Iraq, llegando incluso a acudir con su familia a una manifestación, ha votado al PP porque, en lo fundamental, es el partido del progreso y la prosperidad. Después de haber trabajado tantos años, no va a votar a partidos que, desde la oposición, protestan pero hacen lo mismo cuando están en el gobierno, solo que, al ser recién llegados, roban más y en el fondo, no saben bien lo que quieren porque no son los dueños de las empresas. Menos aún votará a partidos que apoyan a los okupas para que, lo mismo al final, se le metan en el piso donde ha colocado todos sus ahorros y todas sus ilusiones.

Este “sueño americano” globalizado, como democracia del consumidor y capitalismo popular, vuelve esquizoides a l@s trabajador@s, incorporándoles activamente al proceso que va contra ell@s mism@s. La indefensión del ahorrador, transmutado en inversor minorista de capital, se hace explícita cuando una elevación de los tipos de interés (decisión en manos del gran capital a través del Banco Central Europeo) aumenta dramáticamente la cantidad a devolver todos los meses. Cuando la burbuja inmobiliaria explota, o el gobierno (por motivos electoralistas) interviene en el mercado, construyendo viviendas protegidas o disminuyendo los incentivos fiscales a la compra de viviendas, se frena la subida de los precios inmobiliarios e incluso, puede producirse el descenso de dichos precios. Entonces, nuestro ahorrador solo podrá vender lo que compró a un precio inferior al que le ha costado (y lo está pagando). El violento despertar del inversor popular es análogo al del honrado trabajador que se sentía participe en democracia con la lealtad a su empresa, hasta que su empresario decidió cerrar para irse a un país del este de Europa donde los salarios son la tercera parte.

En la experiencia del obrero inversor, aparecen todos los rasgos de la globalización: creación de valor sin crear nada material, economía al margen de las necesidades humanas y sociales, interiorización de la lógica del capital por parte de sus víctimas, desconsideración de las informaciones ajenas a los números y las ganancias; unidad de intereses y deseos entre los beneficiarios, los perjudicados y los amenazados por el capitalismo.

En la economía financiera, solo cuentan las expectativas de futuro en la evolución de los precios, es decir la creación de valor, en una segunda derivada, del dinero invertido en dinero. Es un proceso fantasmal porque el dinero no es valor, sino sólo representación del valor. El mantenimiento de esta ficción requiere que el ciclo nunca se detenga. Para ello, es preciso generar la confianza, el consentimiento y el sometimiento, respectivamente, de los sujetos sociales. La globalización profundiza el carácter totalitario

de este ciclo, convirtiendo la política de los políticos en la gobernabilidad de la crisis y las inestabilidades de este modelo económico, convertido en modelo político, social y ético. La estabilidad de los precios (IPC, tipos de interés) y la disciplina presupuestaria (déficit cero y deuda pública contenida<sup>5</sup>) son los dogmas para la sostenibilidad del ciclo del capital. Ante la amenaza de recesión<sup>6</sup> en las economías europeas más importantes se está produciendo un cambio, consensuado entre la derecha y la izquierda capitalista, a favor de tolerar algo de déficit e incluso de inflación para estimular el crecimiento económico.

La economía financiera mantiene numerosos canales de comunicación con la economía industrial y comercial. Una burbuja inmobiliaria<sup>7</sup> puede contribuir al crecimiento económico, mientras los agentes económicos se cuentan entre sí una historia que mantenga su confianza en que dicha burbuja no estallará. Por el contrario, cuando se pincha el globo, las consecuencias se proyectan sobre la economía material. Por ejemplo, miles de despidos ante las expectativas fallidas de lanzamiento de la tecnología UMTS en la telefonía móvil; ruina de los fondos de pensiones y miles de despidos en las grandes empresas sobrevaloradas por sus gerentes para ocultar el fracaso de su gestión o su enriquecimiento ilícito; desahucios de viviendas, quiebra de empresas y de bancos por la elevación de los tipos de interés y la pérdida de valor de los activos que garantizaban sus créditos, respectivamente. Si hay despidos masivos inducidos por el estallido de la burbuja financiera, cae el consumo, se contrae la economía, se reducen las inversiones y se producen más despidos.

A pesar de la similitud de los fines del capital financiero y otras fracciones de capital, como el industrial o el comercial, no conviene olvidar una contradicción presente en la naturaleza del dinero, o lo que es lo mismo, del capital. Esta contradicción se expresa radicalmente entre los intereses inmediatos de sus distintas fracciones (financiero, comercial, productivo). El capital financiero, cuyo paradigma es la bolsa, presenta a veces una dinámica antagonista con el capital productivo. Es frecuente, en EE UU, que cuando crece la economía real aumentando el empleo, cae la bolsa. La explicación se encuentra en las expectativas de los inversores de capital financiero. Si crece la economía y aumentan los puestos de trabajo, crece el consumo con los nuevos salarios y la mano de obra es más escasa. Por el efecto combinado del aumento de la demanda y la tendencia creciente de los salarios, se produce una tendencial subida de los precios. Si los precios suben, para evitar que se resienta el sector exportador de EEUU, es necesario aumentar los tipos de interés que tienden a frenar el calentamiento (subida de precios) de la economía. Si suben los tipos de interés, que son la base para la remuneración de las obligaciones y los bonos del estado, será más rentable retirar dinero de la bolsa y colocarlo en productos financieros de renta fija. Con esta decisión de los inversores y como consecuencia del aumento del empleo, caerá la cotización de las acciones en la Bolsa.

## 4 Trabajo asalariado y capital

El capital no tiene una única forma. Unas veces se presenta como dinero, otras como mercancías y otras como medios de producción. Sin embargo, siempre se presenta como valor que se valoriza a sí mismo. Esto lo consigue sometiendo múltiples procesos de vida

---

<sup>5</sup> *Déficit público*: diferencia entre los ingresos los gastos del Estado en un ejercicio anual. *Deuda Pública*: acumulación histórica de los déficits, es decir, la deuda que el Estado ha contraído para financiarlos.

<sup>6</sup> *Recesión*: situación en la que entra una economía cuando se mantiene, durante dos trimestres seguidos, en tasas de crecimiento cero o negativos.

<sup>7</sup> *Burbuja inmobiliaria*: sobrevaloración de los precios de los inmuebles en base a una subida simultánea de las viviendas ofertadas y del precio de las mismas, cuando, según la ley de la oferta y la demanda, el crecimiento de la oferta debería reducir los precios.

a sus propios fines. Uno de ellos es el trabajo humano. El trabajo asalariado no es un hecho natural sino uno hecho político basado en la coerción

En el capitalismo, que es la universalización de la forma mercancía, el trabajo se ve obligado a comportarse como una mercancía más. Por eso, las personas trabajadoras ven sus necesidades condicionadas por las necesidades del capital. En cada formación social, el trabajo está determinado por la estructura de relaciones sociales en la que se realiza. El trabajo de una persona no contiene, en su despliegue laboral, todas las claves que le determinan. En las sociedades capitalistas el proceso de trabajo es sólo una condición necesaria para el proceso de valorización del capital. Si tener en cuenta este hecho, no se comprende nada de las leyes invisibles que someten al trabajo y a l@s trabajadores dentro y fuera de las empresas a dicho ciclo.

La lucha anticapitalista es también la lucha contra la forma asalariada del trabajo. Al igual que el capital, el trabajo asalariado no es posible fuera de un determinado orden de relaciones sociales. El trabajo asalariado es la forma social que adquiere la actividad humana dedicada a la producción de los medios materiales de vida, cuando dicha actividad está regulada por la producción de valor y de beneficio económico.

En el capitalismo, los ciclos temporales del trabajo humano, que es vida y producción social, se ven obligados a adaptarse a los ciclos temporales de la fuerza de trabajo, que es mercancía destinada a la producción de plusvalor. Pero ambos tiempos están en la persona asalariada.

Las relaciones de explotación que rigen el trabajo son inseparables de la forma asalariada de dicho trabajo y de la “inmersión” e invisibilidad del trabajo de cuidados en manos de las mujeres. Estos hechos, con su red de servidumbres jurídicas, políticas, económicas, familiares y culturales es, a su vez, inseparable de la explotación. Para que el trabajo humano sea obligado a expresarse como lo que no es, como una mercancía, es necesario obligar a las personas a acudir al mercado para vender su capacidad de trabajar. La creación del estado de necesidad que fuerce a la gente a vender su fuerza de trabajo, exige uniformizar los tiempos de vida, de cuidados, de participación social, de gozo, de actividad y de creación cultural, bajo la regulación del tiempo de trabajo productor del capital. En este proceso, la separación de la persona de sus lazos comunitarios, de sus medios de producción y supervivencia, de sus obligaciones recíprocas de cuidar a otr@s, son las condiciones para que la persona asalariada, ahora “libre” y “modernizada”, tenga que acudir, sin mas opciones, al mercado de trabajo para poder sobrevivir. Esta “liberación” tiene un carácter bien diferente en su negatividad para el caso de las mujeres que no son “liberadas” como los hombres de su trabajo de “cuidar” a otr@s.

Casi toda la sociología del trabajo y casi toda la izquierda, consideran el conflicto como una anomalía, a pesar de que el conflicto de clase y de género están clavados en el núcleo mismo del trabajo asalariado. La capacidad de la fuerza de trabajo para crear valor se debe, precisamente, a esta tensión constitutiva de la relación salarial. La subordinación del tiempo de vida, del tiempo de trabajo y del tiempo de cuidados al tiempo del trabajo asalariado —hecho que parece algo “natural”— consigue que, lejos de mostrarse esa relación como la degradación del trabajo y de las relaciones humanas, parece que dicho trabajo y su propietario, el “pater familias” asalariado, se enriquecen por su cualidad de crear valor.

La capacidad de las personas para producir bienes útiles y para multiplicar su fuerza productiva mediante la cooperación y la tecnología dependen del cuerpo y de la inteligencia de las personas que trabajan. Sin embargo, el capital, al comprar la fuerza de trabajo, adquiere el derecho de utilizar estas capacidades para unos fines y con unos procedimientos, ajenos a la voluntad de dichas personas. Esto quiere decir que el cuerpo y la inteligencia de las personas trabajadoras, son expropiados al incorporarse al proceso productivo asalariado, pero, eso sí, con el consentimiento de los propi@s trabajador@s.

De esta forma, la fuerza productiva de la tecnología y de la cooperación, parece residir en el capital y no en las personas que trabajan.

El capitalismo necesita al trabajo asalariado para funcionar. El trabajo autónomo no asalariado y el trabajo de cuidados, son la condición para la extracción de plusvalor, pero en ningún caso la fuente de valor y de plusvalor. La sustancia del capital es el plus-trabajo expropiado a los trabajador@s asalariad@s.

En el capitalismo, el trabajo productivo humano es obligado a expresarse a través del proceso laboral que produce plusvalor. Los tiempos humanos de vida, de participación social y de cuidados, están presididos por los tiempos de producción de plusvalor. Tanto los bienes y servicios que la gente necesita, como la creación de puestos de trabajo, son sólo el soporte necesario para la creación de plusvalor para el capital. Las necesidades humanas y la dependencia de un salario para sobrevivir, tendrán o no satisfacción, en la medida que sirvan para la reproducción del capital. Al amoldarse a este orden, la vida de la población asalariada no tiene como fundamento vivir, sino, en el mejor de los casos, sobrevivir en base a la producción y al consumo de mercancías. Los actuales sistemas parlamentarios se limitan a preservar los mecanismos de reproducción de este orden e impedir cualquier cambio. Esta lógica social que degrada el trabajo humano, la economía, la política y la naturaleza, no se sustenta sólo en el dominio y la fuerza, sino que es compartida por las personas trabajadoras. Está incorporado a nuestro propio imaginario y anudada a nuestros propios deseos. Ese consentimiento, esa adhesión, es la base de la legitimación del capitalismo y la principal condición para su sostenibilidad.

El capital, el dinero, la forma valor, el intercambio rentable, la persecución del interés individual, como fundamentos del mercado, se convierten en el modo de regulación social dominante. L@s trabajador@s sólo se relacionan entre sí después de que su libertad ha sido expropiada por una voluntad ajena, que les ha incluido en un proceso laboral asalariado cuya finalidad esencial, la producción de plusvalor, se encuentra en permanente colisión con sus necesidades y derechos. El mercado avanza a costa del retroceso de la redistribución y la reciprocidad. La lógica mercantil no destruye las otras lógicas sociales sino que las incorpora, subordinadas, a su propio proceso. La producción de una subjetividad social, adaptada a este funcionamiento, es esencial para su permanencia. Las relaciones entre personas adoptan la forma fetichizada de relaciones entre cosas. Ese consentimiento implica aceptar que el valor es un atributo de la mercancía, es decir, del capital, en lugar del resultado de un proceso de producción en el que las personas trabajadoras lo han creado. La lucha contra el capitalismo exige la lucha contra las condiciones que hacen posible que esta forma de trabajo sea la dominante y se extienda por el mundo a través de la globalización.

*La relación salarial es una relación social.* No solo se expresa en el momento de la producción. El proceso laboral, con toda su centralidad, es solo el resultado de una envolvente social y de un proceso histórico previo. El proceso laboral no contiene dentro de sí todas las claves que lo explican. No permite visualizar las fuerzas que permiten la separación entre fuerza de trabajo (capacidad de producir) y el trabajo (acto de producir) en el que, tras ser vendida como una mercancía, la fuerza de trabajo, sin separarse de la persona trabajadora, es usada por su nuevo dueño, el capitalista, en el proceso laboral.

Por eso, un sindicalismo anticapitalista, debe plantearse, no solo las condiciones de intercambio de la fuerza de trabajo (salario, condiciones laborales, etc.). También debe tener en cuenta las formas de circulación de las mercancías y de los medios de producción, el consumo y la distribución del trabajo social, la desigualdad y subordinación de las mujeres en el trabajo asalariado y la desigualdad y descompromiso de los hombres en el trabajo de cuidados, así como las representaciones culturales que conforman los deseos y aspiraciones de l@s trabajador@s. Es necesario contemplar el funcionamiento de las formas de producción y las formas de circulación capitalista, tanto en su vertiente material como en su dimensión simbólica, en la esfera pública del mercado y en la esfera privada de la familia, como las distintas partes de un todo que se

retroalimenta constantemente a sí mismo. Este ciclo aparece como un movimiento autopropulsado, una sustancia en proceso, un sujeto automático, algo natural e inmodificable. Sin ver el conjunto, no se pueden construir las palabras y las imágenes que expliquen cómo explota y cómo domina el capitalismo aquí y ahora. Sin estas palabras, nunca se podrá interrumpir la lógica del capital. Pero si las palabras que explican la relación social llamada capitalismo, no se expresan desde los lugares sociales en los que se desarrolla la lucha contra sus daños, dichas palabras son socialmente estériles y se degradarán a la condición de armas para la lucha de frases.

## 5 Crisis y tecnología

Por terribles y sangrientas que sean sus crisis, el capitalismo produce constantemente las condiciones de su propia reproducción, no de su autodestrucción. La atracción y producción de trabajo asalariado por el capitalismo, va pareja de la repulsión de dicho trabajo por las inestabilidades de un modo de producción basado en las fuerzas ciegas del mercado y por las ganancias en productividad que facilitan las nuevas tecnologías. La globalización capitalista tiene como condición la globalización del trabajo asalariado, cada vez más dependiente y sometido a la furia con la que el capital lo necesita y al tiempo, lo repele y lo degrada.

La tecnología es capital. Al multiplicar la productividad del trabajo, absorbe la fuerza productiva del trabajo para utilizarla contra l@s trabajador@s mismos. Crece la capacidad de producir riqueza y paralelamente, el deterioro de las condiciones materiales del trabajo. La tecnología no expropia el saber obrero porque pertenece a un orden de conocimiento distinto a las habilidades productivas de l@s trabajador@s. Su función consiste en imponer a los tiempos y las habilidades de las personas laborantes, los tiempos y el movimiento de unas máquinas y unos procedimientos, diseñados para los fines exclusivos y excluyentes del capital. Los intersticios para una utilización no capitalista de la tecnología no deben perder de vista la violencia social que la ha producido y la función de dicha tecnología en la producción y reproducción de dicho orden. Fuera del contexto económico, político y social que la ha hecho posible, una tecnología como Internet sería irracional por muchas aplicaciones positivas que pueda tener. Las nuevas tecnologías están unidas, como la cara a la cruz de una moneda, a las relaciones sociales de explotación y dominio que las han creado.

La crisis del capitalismo, la liberación de las personas asalariadas, implica la crisis de este modo de trabajo y de gran parte de la tecnología existente. El objetivo a perseguir es la crisis del trabajo asalariado, potenciado por el capitalismo tecnológico global. Las dificultades para realizar la crítica del trabajo asalariado provienen del hecho peculiar de que el trabajo aparece y funciona como lo que no es. El trabajo, que es la fuente del valor, de la riqueza de las sociedades capitalistas, se nos muestra invertido, como una función dependiente del capital. Nadie en su sano juicio sostendría la frase: *“los trabajadores crean puestos de empresario”* cuando en realidad es así. Por el contrario, tod@s coinciden en que *“los empresarios crean puestos de trabajo”*, lo cual se debe por un lado, al apoderamiento por parte del capital de la fuerza viva del trabajo, de los cuidados y de la cooperación social y por otro a la ocultación de los mecanismos de dicho apoderamiento.

## 6 El salario

El salario no es el pago del trabajo (el valor de lo producido por la persona que trabaja), sino el precio de mercado de la fuerza de trabajo, es decir, lo que cuesta, en cada momento y lugar, la producción y reproducción de la vida del trabajador y de su familia. El salario no depende del valor añadido por el trabajo de la persona asalariada, sino del

precio de la mercancía “fuerza de trabajo”, es decir, del coste de producción de la vida del trabajador. Las regulaciones políticas del precio de esta mercancía (convenios, leyes laborales, reglamentos estatales, etc.), solo son correcciones de este precio. El salario que nos pagan no es por el valor del producto que producimos sino por el valor que cuesta producirnos a nosotros mismos como productor@s asalariad@s, como mercancías imprescindibles al ciclo del capital.

Unas deportivas fabricadas en Asia tienen un coste de dos euros, representando el salario un 50 por cien del total del coste, es decir, un euro. Si esas zapatillas se venden en Europa a un precio de cien euros ¿porqué el salario de la persona que trabaja en Asia no es de cincuenta euros? La estructura político-social de muchos países de Asia explica que la gente asuma las condiciones de vida que supone el salario de un euro. Para la persona que fabrica estas zapatillas, queda demostrado que el salario no paga el valor añadido por el trabajo en las zapatillas, sino el precio de producción de la fuerza de trabajo, del trabajador, en ese país de Asia.

La globalización tiende a desmontar todas las barreras de protección política que impiden que la mercancía fuerza de trabajo, sea transparente a las leyes de la oferta y la demanda. Si hay más volumen de trabajador@s que de empleos, el precio de la fuerza de trabajo, el salario, debe bajar. La empleabilidad, término postmoderno, eje de las políticas de empleo en Europa, noción asumida por partidos de izquierda y sindicatos mayoritarios, consiste, precisamente, en eliminar todas las protecciones sociales que permiten a una persona desdeñar ciertos empleos por sus ínfimas condiciones.

Cambiamos al niño indonesio por la persona que hace trabajo textil domiciliario sumergido en un pueblo de Castilla la Mancha por un precio de 0,2 euros por minuto. Esta persona se enfrenta, a través del mercado global, con otra que hace el mismo trabajo en Túnez por un precio de 0,1 euros por minuto. La competitividad se convierte en un argumento incontestable. Si en Túnez el precio del trabajo es la mitad, l@s manchegos, si no quieren que el proceso laboral se traslade a Túnez, tendrán que aceptar ganar la mitad de lo que ganan.

Estos ejemplos prueban que el salario es independiente de lo que cada uno produce realmente. Pero también que la libertad de movimientos de los capitales constituye un mecanismo para burlar los derechos sociales y laborales e incumplir los derechos humanos.

La desaparición del trabajo como actividad humana productiva de bienes útiles y el auge de la fuerza de trabajo como mercancía productiva de plusvalor para el capital, son simétricas. Cuanto mayor es la escala de movimientos del capital, mayor es su independencia respecto a regulaciones y leyes. Esta dinámica supone, para la mayoría, en los países del centro, la precariedad y la privación de derechos y libertades consagrados en la Constitución y en los países de la periferia del capitalismo, el hambre, la muerte y la guerra. La forma salario, como forma dominante de identidad, pertenencia y fuente de recursos, constituye un atentado a la democracia, perpetrado desde dentro la democracia misma. La insurrección silenciosa de las patronales, ante el consentimiento y la cooperación de las instituciones y la complicidad de la izquierda, son la base de la colaboración de la mayoría. Esta situación supone una permanente vulneración de las leyes, no reconocida por el poder político, ni por el poder judicial, es decir la disolución, defecto, del estado de derecho.

## 7 Trabajo(s) y precariedad(es)

En el capitalismo, la exclusión y la precariedad no son estados carenciales como la vejez, la enfermedad o la infancia, sino estados enajenados, producto de una generalizada violencia social. La fuerza del capital radica en su capacidad para vampirizar los procesos de vida, alimentando su propia valorización y convirtiéndola en la fuerza

constituyente de la sociedad. Este proceso crea una dislocación generalizada: la economía deja de ser un instrumento para la vida social, haciendo de la sociedad un instrumento para la economía; el trabajo *debe* expresarse como trabajo asalariado, con ello, deja de ser para la vida, pasando a ser la vida para el trabajo; la naturaleza no es tratada como nuestra casa sino expoliada, manipulada y contaminada; los sentimientos, la compasión y las emociones, solo cuentan como una moral interior sin consecuencias en nuestras formas de vida, trabajo y consumo; las necesidades humanas sólo se satisfacen a través del mercado o del estado, pero no a través del apoyo mutuo desde dentro de la comunidad; los cuidados de las personas, al realizarse por las mujeres en el interior del hogar familiar, no están en el mercado de trabajo y por tanto, no existen oficialmente, la actividad de cuidados, en el lenguaje oficial de la Encuesta de Población Activa (EPA), se llama “*inactividad*” las relaciones entre las personas no se producen directamente, sino a través del intercambio y del dinero; las personas no son sociables, lo que es sociable es el dinero; en el capital, no en las personas, debe radicar el principio de cooperación y de producción de riqueza; las personas se relacionan entre sí como cosas y las cosas se relacionan entre sí como personas; el orden social no se funda por las relaciones entre las personas (política) sino por las relaciones entre las cosas (mercado). Esta catástrofe humanitaria y social, no se resuelve, sino que se agrava, con un “buen empleo”.

La fuerza del capital proviene de la violencia con la que se constituye en sujeto dominante. Esta violencia excluye todas las dimensiones de la vida no útiles para el beneficio económico privado. El poder capitalista inculca a sus víctimas esta lógica en forma de deseos de consumo y apropiación irracionales. Pero su debilidad radica en la posibilidad de que las víctimas comprendan la naturaleza de este mecanismo y se vuelvan individual y colectivamente, contra él, haciéndolo imposible.

Sin dejar de pertenecer, en parte, a esta lógica que lo invade todo, es necesario identificarla y nombrarla para, tanto desde dentro como desde fuera de ella, combatirla. Lo excluido y lo apartado reaparecen frecuentemente de forma desordenada, generalizando la lucha entre las víctimas y dando armas a los beneficiarios para secuestrar las libertades. Desde dentro de la lógica excluyente no hay solución, porque ambos extremos *incluido / excluido* son sólo los dos polos, a lo sumo intercambiables, de un mecanismo inhumano. Un buen empleo, un buen salario, un buen consumo, no solucionan la exclusión de sus beneficiari@s, porque requieren la exclusión de otr@s much@s y la subordinación de las mujeres. Pero, desde fuera de la lucha de los excluidos, sólo tenemos compasión, limosnas y socialismo de cátedra. Considerar la precariedad y la exclusión no solo como carencia, sino también, como potencia negadora del orden excluyente.

Para Hegel el estado es la expresión de la sociedad y el resumen de los intereses generales, un aparato neutro que garantiza la igualdad y la libertad de los individuos. Para Hobbes, el estado (Leviatán) es el origen de la convivencia pacífica, al someter a su voluntad soberana a “los hombres” que, en estado de libertad, viven en permanente guerra civil. Para Adam Smith, el estado debe garantizar la libertad individual, la propiedad privada y el libre funcionamiento del mercado porque, de dicho mercado, provienen la prosperidad y las relaciones pacíficas de l@s ciudadan@s. Para los liberales el estado es el garante del mercado. Para los socialdemócratas el estado es el regulador del mercado.

## 8 Para salir del Estado y del Mercado

Todas las teorías modernas parten de la noción de un individuo aislado y previo al hecho social o político. El individualismo metodológico describe —y prescribe— a un individuo a partir del cual, construir la sociedad. Sin embargo, no habría ser humano

individual, persona, sin el hecho social, sin la sociedad. Tampoco habría sociedad sin personas, sin individuos sociales, que solo pueden individualizarse desde su dimensión social previa.

Al igual que el lenguaje no es posible sin los otros, la persona, que es un ser social, no es comprensible sin la sociedad. La sociedad no solo es resultado sino también condición para el ser humano. El ser humano, construido por el lenguaje, es un ser racional porque tiene el “logos”, el habla, que es una adquisición social. La base de las teorías que legitiman la precariedad y la exclusión, ofreciendo, como única salida, más mercado o más estado se asientan en una representación falsa de la naturaleza humana. Por eso, la antropología, la psicología, la economía y la sociología actuales, partiendo de la falacia del “individualismo metodológico” deben resolver el problema de la constitución de la sociedad desde la dictadura del estado (sin una autoridad exterior que ponga las normas es imposible la convivencia) y desde la teología del mercado (cada uno mirando dentro de sus propios intereses construye, por una fuerza providencial —la mano invisible—, la convivencia ordenada)

La concepción de la naturaleza humana como una naturaleza social, que solo es humana con los otros, permite comprender racionalmente la naturaleza de la precariedad y la exclusión, identificar su origen social y, por lo tanto abrir la posibilidad de modificar dichos problemas desde nuestras propias acciones y omisiones. Desde la noción de una naturaleza humana que incluya las relaciones sociales entre las personas, los fenómenos de precariedad y exclusión, es decir la situación social de l@s precari@s exclud@s ya no son ajenos a la situación social (los hábitos de trabajo, participación y consumo) de los incluidos. A partir de aquí, la libertad individual no consiste en eliminar los obstáculos para satisfacer mis propios deseos, sino en la capacidad para elegir entre el bien (lo que tiene en cuenta, además de mis deseos, las necesidades de los otros produciendo seguridad para tod@s) y el mal (al tener en cuenta exclusivamente mis deseos, pero no los deseos de los demás, produce competencia e inseguridad). Con estas nociones no se elimina el mercado, pero se le ponen límites, al favorecer la creación de redes autónomas de apoyo mutuo y protección, basadas en la cooperación de las personas y de los pueblos, en lugar de en la competencia y en el Estado. No se elimina el Estado, pero se multiplican los poderes intermedios que lo condicionan y acotan en su dinámica de dominio. No se elimina el poder, pero se recupera para las personas, en el interior de los grupos sociales, su poder personal como cuota - parte del poder del grupo, en lugar de que el poder de las personas, dependa del poder otorgado por el Estado o por el Capital. No se eliminan el Mercado ni el Estado, pero se les regula desde la sociedad, limitando su poder desde el poder popular autodeterminado del Estado y del Mercado.

A partir de estos paradigmas, cabe concebir el bienestar en términos colectivos, la libertad como capacidad para elegir entre el bien y el mal; la educación como la formación de los niños y niñas para ser personas virtuosas (capaces de ser libres y practicar el bien), en lugar de personas decentes (que siguen las normas del mercado y del estado sin interrogarse por las consecuencias de exclusión e inseguridad que estas instituciones producen). Podemos utilizar la razón y la inteligencia como herramientas para establecer nuestros propios fines y moderar nuestros propios deseos superfluos, teniendo en cuenta las necesidades de los demás y los límites de la naturaleza, en lugar de utilizarlas como un instrumento para satisfacer nuestros deseos individuales por encima de todo. Considerar la política como la formación permanente de las personas éticas, la felicidad como el placer de hacer el bien y la educación como la repetición de las acciones buenas y el aprendizaje que permite disfrutar haciendo el bien.

Con estos principios no se solucionan los problemas por arte de magia, no se disuelve la guerra, la violencia, el mercado, el estado, el daño producido por quinientos años de razón instrumental, ni las secuelas de una humanidad explotada, degradada y envilecida, prisionera de la violencia y de la lógica del mal, que es la lógica del capita-

lismo. Sin embargo, al producir una ruptura teórica con los paradigmas de la explotación y el dominio, los avances conseguidos formarán parte de la solución y no parte del problema. Establecer una tensión entre el ser y el deber ser, adentrándonos en un mundo incierto, sin leyes teológicas que garanticen nada de antemano, es el vertiginoso ejercicio de la libertad colectiva, de la recuperación del protagonismo en la protección social y los cuidados de las personas, del dialogo como experiencia democrática radical, de la constitución de sujetos sociales que se autodeterminan colectivamente, del poder constituyente como fundamento del orden político y del acontecimiento revolucionario, como transformación local de las relaciones entre las personas de estas con la naturaleza, sin el cual, no hay revolución social que valga.

## 9 Sindicalismo keynesiano y capitalismo global

El sindicalismo, defensor interesado o incauto del “progreso” y analfabeto voluntario o involuntario de esta lógica, se limita a negociar la profundidad de cada adaptación de los de abajo a esta locura. El sistema necesita bombear sangre humana para la creación financiera de riqueza que, al no salir del dinero mismo, debe salir de la hiper explotación del trabajo, la actividad humana y la naturaleza. El sindicalismo regula, apuesta o sin querer, como un aparato más de poder, la continuidad del ciclo capitalista.

El paso entre el sindicalismo como movimiento y el sindicato como institución, visible desde la transición política española, recibe el nombre de “modernización sindical” Este tránsito consiste en la adaptación dinámica del sindicalismo a las exigencias de un modelo de acumulación crecientemente internacionalizado y competitivo. Su punto de partida es la constitución de la Economía como único principio de realidad y la aceptación sindical del beneficio privado como condición para el cumplimiento del derecho a un trabajo y un salario dignos, a la integridad física, la salud y la vida de l@s trabajador@s, a la vivienda, la protección social y las libertades democráticas.

El “libre comercio”, supone la eliminación de las trabas que obstaculizan la circulación de capital, el intercambio rentable y la libertad y seguridad de las inversiones. Tras el libre comercio de mercancías, incluidos los alimentos y las medicinas, viene el libre comercio de los servicios, incluidos los relacionados con la educación, la protección a la salud, la enfermedad y la vejez.

Con la globalización, la economía de mercado acentúa sus fines autoreferentes en un circuito cerrado de crecimiento, productividad y competitividad, al margen de las necesidades de los pueblos y las personas. El proceso de globalización del capitalismo, como modo de producción económico, político, cultural y físico, es la historia de la adaptación sindical a este proceso y la historia del alejamiento del sindicalismo de las fuentes de su legitimidad y su poder social. Es la historia de la crisis del sindicalismo anticapitalista y el auge del sindicalismo capitalista. La crisis del movimiento obrero como movimiento popular anticapitalista, es el precio de la transformación del sindicalismo mayoritario<sup>8</sup> en diversos aparatos políticos para la regulación y el control del conflicto inscrito en la relación salarial<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Mayoritario: a) en términos institucionales (CC OO y UGT suman, a mediados de 2003, casi siete de cada diez delegad@s sindicales, en computo 1999-2003); b) en términos ideológicos (su discurso sindical es dominante en la gran mayoría de la clase obrera); c) en términos políticos (la institución sindical consigue impedir que se extiendan y se coordinen las múltiples dinámicas de resistencia y antagonismo social que al margen e, incluso dentro del sindicalismo mayoritario, proliferan en la constante conflictividad).

<sup>9</sup> La relación salarial capital-trabajo debe ser entendida como una relación social que atraviesa otras muchas relaciones sociales (género, edad, ciudadanía, especie, raza, nacionalidad, creen-

La izquierda capitalista, anclada en un liberalismo nostálgico, teorizado en su día por Keynes para unas condiciones políticas y económicas ya desaparecidas, administra esta lógica desde el gobierno ó la combate de palabra desde la oposición. Difunde, como aparentes soluciones estratégicas, el piadoso deseo de democratizar la globalización, intentando que los países pobres lleguen a ser como los ricos o proponiendo, como bandera de “otro mundo posible”, un impuesto del 0,5 por mil para las transacciones internacionales del capital financiero, dedicando estas sumas a la ayuda al desarrollo de los países previamente empobrecidos por nuestras formas de producción y consumo.

En el otro extremo, desde fuera de la izquierda tradicional, sectores juveniles críticos al trabajo asalariado, desde una lírica “postmaterialista”, piden “dinero gratis” como fórmula para su particular éxodo de la miseria del trabajo asalariado. Al desconocer las causas de dicha miseria y de dicha opulencia se están convirtiendo en una nueva “marca” de la socialdemocracia, en su versión “epatante y espectacular”.

Con el tamaño de la economía capitalista, aumenta la subordinación política y cultural de toda la sociedad a dicha economía. Este crecimiento cuantitativo propicia la retroalimentación entre sus planos materiales e inmateriales y origina cambios cualitativos en las formas de explotación, creación de valor y dominio del capitalismo histórico. Entre dichos cambios, cabe destacar el paradójico aumento simultáneo de la ferocidad del capitalismo y de la impotencia de sus víctimas.

Cuando el capital, en particular su fracción financiera, consigue estos grados de libertad, todas las demás libertades quedan subordinadas a la suya. Las leyes laborales y sociales, producto del esfuerzo y la lucha de generaciones de trabajadores, se vuelven, junto a las normas que protegen el medio ambiente, atentatorios a la libertad de inversión y al derecho del capital a obtener beneficios. La Organización Mundial del Comercio (OMC) tiende a fundamentar normativamente, a través de acuerdos opacos entre los gobiernos, la primacía de los derechos del capital respecto a los derechos humanos. Todo ello, sin abandonar el discurso en defensa de los mismos, del medioambiente y de la soberanía y las necesidades de desarrollo de los pueblos.

En este contexto, el sindicalismo mayoritario se legitima tanto por su pragmatismo, invocando los intereses concretos de la gente, más allá de ideologías políticas, como por su eficacia negociadora, mas allá de aventuras temerarias. Pero, es precisamente en las condiciones políticas, invisibles a una mirada superficial, donde radica la explicación y por lo tanto, la potencial solución de los problemas. El desorden de un modo de producción social entregado a las fuerzas ciegas del mercado, se traslada a las relaciones entre las personas. El aumento del desorden, sin una fuerte conciencia y organización popular anticapitalista, no anuncia el final del orden capitalista sino la creación de las condiciones de terror que exige su continuidad.

El desorden se manifiesta en el enfrentamiento de los intereses inmediatos de los trabajadores fijos con los de los eventuales y precarios, de los hombres con las mujeres, de los obreros productores de servicios con los ciudadanos consumidores de servicios, de los agricultores que buscan el precio más alto posible para los alimentos que producen, contra los consumidores urbanos, que persiguen el precio más bajo posible de los mismos; de los autóctonos contra los inmigrantes, ocupados y parados, viejos y jóvenes, etc. El desorden es la precariedad y la inseguridad de la mayoría, la contaminación y la soledad, la explotación, el hambre, las enfermedades evitables, la muerte y la guerra.

Es en la envolvente política y en el proceso histórico de cada situación, donde se oculta la verdad más verdadera, la segunda naturaleza de la verdad que se nos presenta. Sin esa segunda naturaleza de la realidad, no se puede comprender por qué la gente acepta trabajar por un salario humillante y en condiciones insostenibles; por qué, para la

---

cias, opción sexual, etc.) y que, a su vez, es atravesada por ellas.

mayoría, el horizonte vital se limita a sobrevivir como un ser solitario enfrentado a sus semejantes; por qué la libertad consiste, para millones de personas, en la elección entre el paro y la precariedad, entre la miseria y la emigración, viéndose obligados a vivir una vida de trabajadores sin trabajo, consumidores compulsivos sin recursos y ciudadanos sin derechos. La repetición incesante de la crítica al capitalismo sin que dichas críticas comprometan a nuestras acciones y nuestras omisiones, es la materia prima de la progresía sin cuya complicidad, sería inviable el turbocapitalismo actual.

Por otro lado, la eficacia negociadora no se debe medir por el afán de negociarlo todo, sino por los resultados de dicha negociación que, tras veinticinco años de “sindicalismo modernizado”, están a la vista. Si hace 25 años, nos hubieran dicho que ocho de cada diez jóvenes trabajadores, serían parad@s o precari@s y que la acción sindical en los sectores más vulnerables y explotados debe hacerse, de nuevo, desde la clandestinidad, no nos lo hubiéramos creído.

El sindicalismo mayoritario defiende poco y mal las condiciones de venta de la fuerza de trabajo de los asalariados. Pero lo peor de todo es que considera dicha venta como la única forma posible de trabajo y asume la noción de “mercado de trabajo”, como algo natural. Al obviar la violencia de los mecanismos de creación de trabajo asalariado a escala mundial, el sindicalismo mayoritario carece de instrumentos teóricos para una valoración justa de la globalización y para enfrentar los flujos migratorios masivos que contribuyen a una modificación radical de los mercados de trabajo. Hablar de limosnas para el desarrollo de países previamente arruinados por nuestros hábitos de consumo, es un acto de hipocresía cuyo origen es el respeto reverencial hacia la globalización capitalista, el desarrollo tecnológico y la multiplicación de las expectativas de consumo que ambos factores permiten en el primer mundo.

La relación de desigualdad y explotación de la actividad humana que impone el trabajo asalariado, se incrementa con la potenciación material y cultural de la “libre empresa”, el “libre comercio” y la “libertad de movimientos de los capitales”. Con el poder social del capital, crece la exclusión en sus múltiples formas. Una de ellas es la apropiación del trabajo que, para la producción, reproducción y mantenimiento de la vida humana, se realiza fuera del mercado en el espacio privado del hogar familiar, por parte de las mujeres.

Con declaraciones para la galería y medidas parciales, neutralizadas por la implacable lógica del beneficio privado, el sindicalismo defiende el trabajo. Pero esa defensa, al descansar sobre la aceptación de todas las propuestas y valores del capitalismo y al desconocer la dimensión política y de poder oculta tras la forma asalariado del trabajo, no puede mantenerse. Desde dentro de la lógica del capital, el sindicalismo mayoritario hace más por la defensa y la apología del capitalismo que por la defensa de los trabajadores. Su única estrategia consiste en una relación defensiva fracasada de antemano. Su horizonte teórico y estratégico no es canalizar y organizar las dinámicas de lucha, sino defender, tanto el buen fin de los negocios para que se cree empleo, como su reconocimiento, por parte de los empresarios y el gobierno, como representante, en régimen de monopolio, de la población asalariada. Las luchas no están excluidas, (casualmente, los grandes sindicatos son los que tienen la mayor organización, experiencia y tradición) pero quedan reservadas para recordar a los poderes políticos y económicos que, sin contar con el poder sindical, el permanente proceso de flexibilización y transparencia en el trabajo exigidos por la economía global no van a ser fáciles.

Su aparente distancia de “la política” implica un vacío de discurso propio que, naturalmente, es ocupado por el discurso de la izquierda “progre”, coincidente, en lo esencial, con el discurso de la derecha: modernización, competitividad, interés, beneficio privado, tecnología como progreso, creación de empleo, bienestar como alto nivel de consumo, ruptura entre lo reivindicativo y lo político, entre lo particular y lo general, entre las palabras que pronuncio y los actos que realizo.

La abrumadora falta de legitimidad del modelo sindical imperante, se compensa con el vacío de cualquier alternativa tanto teórica como práctica. Los discursos descalificadores o las reclamaciones de luchar más, sin una teoría que explique las claves del apoyo de la clase obrera a este tipo de sindicalismo y sin un discurso que ponga de manifiesto las falacias con las que se legitima este modelo económico y social, son inútiles. Pero siendo necesario este trabajo, no es suficiente. Es necesario experimentar, una vez tras otra, fórmulas de organización y autodefensa de las mayorías precarizadas y privadas de derechos políticos y sindicales, dentro y fuera del espacio laboral. Este es un punto clave para la refundación de un sindicalismo anticapitalista con poder social autónomo. El ciclo de experimento, error, análisis y rectificación debe complementarse con una apertura a lenguajes sociales externos a la empresa y deslocalizarse creando espacios de apoyo mutuo y de cooperación en luchas territoriales o sectoriales. La formación, el debate y la comunicación son actividades ineludibles para los colectivos locales. El estudio colectivo para la construcción de las palabras que expresan la verdad de los hechos, es una condición para activar la reanimación, la participación y la movilización de la gente. Sin ellas, no es posible un sindicalismo anticapitalista.

Hablar de sindicalismo mayoritario o de sindicalismo capitalista, supone hablar de CC OO y UGT, pero no solo. El modelo sindical mayoritario contiene a la mayoría de la clase obrera, no solo a su parte sindicada (aproximadamente el 19 por cien de la población asalariada). Por el contrario, hablar de sindicalismo anticapitalista supone hablar de organizaciones sindicales más a la izquierda, pero no solo. Hay mucha gente anticapitalista dentro de los sindicatos mayoritarios. También se producen actitudes sectarias que, en nombre de glorias pasadas, brillan por su ausencia en la lucha cotidiana, coexisten pacíficamente con la precariedad e impiden la unidad entre gente combativa por razones puramente identitarias. Las enormes insuficiencias y patologías de los sectores anticapitalistas, facilitan el trabajo del sindicalismo mayoritario que, para la continuidad de su hegemonía, necesita el vacío de cualquier alternativa sindical que demuestre, práctica y teóricamente, su capacidad de enfrentamiento con los empresarios y de defensa participativa y real de l@s trabajador@s.

Cuando hablamos de sindicalismo capitalista no solo hablamos de veinte o treinta miembros de una ejecutiva federal, sino de docenas de miles de cuadros liberados del trabajo en la empresa, integrantes de órganos de dirección sectorial o territorial, asalariados estables, envejecidos, con un alto nivel de consumo, con una formación teórica muy baja, que se maquilla con la basura teórica que se produce desde la dirección confederal. Esta capa social tiende a enfrentarse inmediatamente con los compañeros de su propio sindicato que desean luchar o con las secciones sindicales que se autoorganizan en una empresa, o se coordinan socialmente, ante una agresión patronal. El deseo compulsivo de pasar horas reunidos con la dirección, o en su defecto, en el cuarto sindical, son sus mayores aspiraciones. Ese personal conservador, servil ante las patronales, es la élite que gestiona, desde dentro de las “organizaciones de clase”, los intereses presentes y futuros de la clase obrera. Estas direcciones sindicales no traicionan a la clase obrera sino a sus sectores minoritarios más combativos. Su hegemonía es rigurosamente democrática. Se basa en una corriente circular de generación mutua entre una clase obrera desencantada, individualizada, impotente consumista, calculadora y oportunista y esta penosa vanguardia.

El discurso que legitima este círculo vicioso es: “No podemos hacer más desde el sindicato porque la gente no quiere hacer más”. “Cualquier intento que no parta de esta realidad está condenado al fracaso y las derrotas que solo traerán retrocesos” Pero en realidad, la verdadera cosecha de derrotas y retrocesos corresponde a este modelo de sindicalismo capitalista que, con la usurpación de un pasado de lucha, cubre las vergüenzas de un presente de ignorancia, división, desmoralización y colaboración con el enemigo.

En el modelo sindical del franquismo, los sindicatos eran verticales porque albergaban en la misma organización a los empresarios y a los obreros. El corporativismo fascista abolía por decreto la lucha de clases. La demostración real era el nacionalsindicalismo que, junto con la familia y el municipio, vertebraban políticamente el Estado franquista. En un aparato sindical corporativo (todo para el estado, nada fuera del estado, nada contra el estado), era impensable la lucha de clases porque disolvía el orden político. Este modelo sindical fue combatido por los sectores mas generosos de la clase obrera que, en unas condiciones muy duras de clandestinidad y represión, en la década de los sesenta y setenta, consiguieron cotas de libertad , mejoras laborales y el respeto de los empresarios.

Hoy, tras la “modernización sindical”, los grandes sindicatos aparecen como organizaciones autónomas del estado. Pero el gasto creciente de sus aparatos, junto a la baja afiliación, les hace dependientes del estado. Su debilidad teórica se cubre con un discurso keynesiano, como forma de aparentar que se mueven por algo mas que un cálculo meramente táctico. El clientelismo y la defensa del status de funcionarios por parte de miles de antiguos luchadores obreros, se complementa armónicamente con la mansedumbre, civilizada y democrática, de l@s trabajador@s frente a los abusos, ilegalidades e intimidaciones de los empresarios. En el franquismo, no se podía luchar contra el capital porque lo impedía la brigada político-social. Hoy, en la monarquía parlamentaria que le ha dado continuidad, tampoco se puede, porque, son sus acciones y sus omisiones lo impide la burocracia sindical.

## 10 Por un sindicalismo anticapitalista

El proceso de crecimiento y consolidación del capitalismo como modo de producción social, es el mismo proceso que el crecimiento y la consolidación del trabajo asalariado como modo de trabajo dominante. El capitalismo no tiene al trabajo asalariado esperándole para desarrollarse. Se desarrolla rompiendo las relaciones sociales no capitalistas basadas en trabajos no asalariados y recomponiendo, posteriormente, una parte de esos trabajos en forma de trabajo asalariado, realizado bajo el mando directo del capital y otra parte, en forma de trabajo doméstico y de cuidados realizado, esencialmente, por las mujeres.

No es posible combatir el capitalismo sin combatir el trabajo asalariado y la asignación exclusiva a las mujeres del trabajo de cuidados. No se puede comprender el virulento despliegue del capitalismo sin comprender la virulencia precarizadora, embrutecedora y homicida del trabajo asalariado y la desigualdad de género en la asignación del trabajo de cuidados.

Estudiar el capitalismo, comprenderle para combatirlo mejor desde el punto de vista de sus víctimas, exige tener en cuenta que, bajo dicho sistema, el trabajo asalariado y el trabajo de cuidados están incorporados al ciclo de producción y reproducción del capital. Esta subordinación consiste en varios hechos encadenados; Uno: la capacidad de trabajo de las personas debe comportarse como una mercancía más. Dos: las mujeres, al tener la responsabilidad expresa de la producción y reproducción de la vida humana en la esfera privada del hogar familiar, se ven situadas en una posición social subordinada a los hombres. Tres: estos hechos, que someten el trabajo y los cuidados al ciclo del capital y encierran una enorme violencia social, son considerados normales por los hombres y por la mayoría de las mujeres.

La crítica al capitalismo para ser solvente, debe contener la crítica a las formas habituales de trabajar, comer, consumir, cuidar y ser cuidados, pensar, desear, sentir y participar socialmente. Es decir, la crítica al capitalismo exige volver, de manera reflexiva, la crítica hacia nosotr@s mism@s, como trabajador@s asalariad@s, hombres y mujeres que cuidan y son cuidad@s, ciudadan@s y consumidor@s.

Al criticar al capitalismo desde la crítica al trabajo asalariado y al trabajo de cuidados, estamos abriendo la posibilidad de que las personas trabajadoras, los hombres y mujeres, al hacer conscientes los principios económicos, políticos y culturales que nos colonizan, iniciemos un éxodo colectivo, fuera de la esclavitud de la relación salarial, de la subordinación de las mujeres a los hombres, del consumismo como sinónimo de bienestar y del descompromiso político. Este éxodo, consiste en ir más allá de la defensa de las condiciones en las que vendemos nuestra fuerza de trabajo y de la forma en la que cuidamos y somos cuidados. Requiere que nos veamos como seres sociales necesitados, no solo del trabajo, sino también de cuidar y ser cuidados, de la creación cultural y artística, de la deliberación y de la participación política desde lugares sociales.

La defensa de las condiciones de trabajo es necesaria, pero no suficiente. Para multiplicar los lugares de lucha y creatividad social anticapitalista es imprescindible, por un lado, abordar la crítica al capitalismo con nosotr@s dentro y no fuera, es decir, transformar nuestras propias formas de vida. Por otro, organizar y agrupar las luchas defensivas en un cauce común que impida, en multitud de espacios sociales, el avance del terror global poniendo la fuerza necesaria para la autodeterminación de las identidades sociales excluidas y así convertir los regímenes parlamentarios de mercado en democracias verdaderas.

La crítica al capitalismo global y la superación de la complicidad de la izquierda capitalista, exigen construir los sujetos sociales que, no solo desde dentro, sino también desde fuera del mercado y del estado, pongan la fuerza necesaria para cambiar las reglas del juego en las relaciones sociales. Sin organizar la acumulación de fuerza y el apoyo mutuo de las innumerables dinámicas de autodefensa, resistencia y antagonismo, esta proliferación es impotente. El sindicalismo anticapitalista necesita, para ser sindicalismo, defender al trabajo asalariado en sus condiciones concretas y para ser anticapitalista, criticar dicha forma de trabajo teórica y prácticamente, pero también necesita como movimiento sindical integrante de un movimiento social anticapitalista, criticar la subordinación de las mujeres a los hombres, en las formas de alimentación y consumo y en las formas de participación política.

Defender el salario como operador de la subordinación del trabajo al capital y de las mujeres a los hombres y exigir al Estado que sea garante de los derechos sociales, es necesario, pero limitarse sólo a eso, es jugar dentro del mercado y del Estado. De ahí solo sale más mercado y más estado. No habrá izquierda anticapitalista sin sindicalismo anticapitalista. Sin organizar a las masas de trabajador@s, precari@s, consumidor@s, mujeres y exclud@s, nos moveremos entre el mercado, el estado y los intelectuales postmaterialistas que nos predicán una lírica espontaneista de “éxodos” sin conocer las génesis. No habrá izquierda capitalista sin sindicalismo anticapitalista.

El problema no está en la burocracia sindical sino en nosotros. Si esa burocracia desapareciera nosotros seguiríamos siendo inviables en una clase obrera mayoritariamente individualizada, desmovilizada y rechazada. La reconstrucción del sindicalismo anticapitalista desde la conjuntura actual de globalización del capital, requiere de espacios de apoyo mutuo, mestizos y flexibles para los colectivos que luchan y de un discurso anticapitalista. Un sindicalismo alternativo solo puede crecer como un sindicalismo anticapitalista en sus palabras, en sus actos y en sus formas de organización y participación. Requiere de la cooperación entre los militantes sindicales para sostener y organizar las múltiples dinámicas de resistencia que se dan y de la creación del discurso que muestre las cosas como son, desde el punto de vista de los que sufren.

Pero estos espacios y discursos, al surgir en un escenario globalizado, que incluye un sindicalismo capitalista hegemónico, no pueden crearse por decreto ni fundarse, totalmente nuevos, por un pequeño grupo. Necesitan, para abrirse camino, demostrar su capacidad explicativa y su utilidad para la lucha y así, ir ganando voluntades. Debe centrar su atención, sus palabras y sus hechos, no en los defectos del sindicalismo mayoritario,

sino en dar salidas a los problemas de la gente. Pero no podrá prosperar como sindicalismo exclusivamente reivindicativo, sino que debe actuar como sindicalismo político y social a luchar para ganar en experiencia y en respeto del enemigo y contemplando las dimensiones sociales de la condición asalariada (género, raza, cultura, nacionalidad, edad, etc) y buscando espacios de cooperación con otros movimientos, también enfrentados al capitalismo desde su propia identidad (mujeres, homosexuales, ciudadan@s, inmigrantes). Dar a los otros la propia fuerza para recibirla de ellos. El Movimiento Contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra es el espacio político donde las distintas identidades en lucha pueden tener su referente político y su lugar de cooperación y apoyo mutuo.

Defenderse del capitalismo solo es posible desde la lucha contra el capitalismo. Luchar contra el capitalismo, en su fase actual de globalización, es luchar contra la globalización. Luchar por otra globalización es como luchar por otro capitalismo, otra hambre, otra represión, otra guerra. Eso no tiene sentido, salvo para el bloque socialdemócrata (partidos y sindicatos de la izquierda capitalista) que llama “otra globalización” a estar ellos en el gobierno para conducir la misma globalización capitalista.

Sin crear la fuerza popular que se enfrente al capitalismo, no es posible otro mundo, porque no es posible, ni deseable, otra precariedad, otra guerra, otras privatizaciones. No es posible más globalización que la neoliberal, porque dentro del capitalismo no es posible la globalización de los derechos humanos y la democracia. El sindicalismo anticapitalista no radica en ningún lugar específico, pero está entre nosotr@s como una realidad minoritaria, en grupos aislados, dentro y fuera del sindicalismo hegemónico y como potencialidad en algunas organizaciones.

Es decir, el sindicalismo anticapitalista, con vocación de crecer en dimensión y no sólo de engordar una sigla, debe ser generoso en la apuesta por fortalecer un espacio anticapitalista plural, no solo sindical sino también socio-político.

No se trata de fundar nuevos espacios vacíos para que sus fundadores sean jefes, sino de abrir dinámicas de encuentro, cooperación y apoyo entre grupos reales, implicados en luchas locales y sectoriales. No se trata de superar la impotencia sumando muchas impotencias sino de abrir espacios donde la potencia de grupos sociales en acción se multiplique con la cooperación y el apoyo mutuo. Muchas experiencias, marginales a escala de toda la sociedad, pero influyentes en su propio territorio, son las dinámicas que debe incorporar un proceso de reconstrucción de un sindicalismo anticapitalista.

Un sindicalismo anticapitalista no es suficiente para la defensa de la clase obrera. Pero es necesario para la reconstrucción de una izquierda anticapitalista. Aunque el sindicalismo y la izquierda capitalista los consideran sus peores enemigos, el sindicalismo anticapitalista no debe convertir a sus adversarios en sus maestros ni a sus competidores en sus enemigos principales. El Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra puede ser un cauce para que la autodeterminación de millones de subjetividades y acontecimientos rebeldes, impidan la globalización de la desigualdad, de la violencia y del desamparo.

Agustín Morán (CAES)  
Diciembre 2003